

# SERMON

SOBRE

## LA MUERTE.

PARA EL VIÉRNES DE LA SEMANA CUARTA  
DE CUARESMA.

(DE SÁNCHEZ SOBRINO.)

*Lazarus mortuus est.*

Lázaro ha muerto.

*S. Juan, c. 11. v. 14.*

¡Qué lúgubre espectáculo presenta á los ojos de nuestra fe el Evangelio de este día! Un hombre muerto, enterrado en una gruta, cubierto con una losa, y pestilente despues de cuatro dias de sepulcro, ¡qué objeto tan asqueroso! qué vivo desengaño! ¡qué imágen tan perfecta de lo que seremos algun día! Pero al mismo tiempo ¡qué instruccion mas oportuna para que os preparéis en tiempo á recibir el golpe, el fallo inevitable de la muerte!

El Espiritu santo nos intima su memoria, como uno de los mas poderosos correctivos de nuestros desórdenes, y como un medio efficacísimo para hacernos entrar en nuestros deberes. Pero yo no me contento en esta hora con presentaros la muerte en vuestros semejantes, á quienes diariamente habéis visto caer á vuestro lado, trasladados en un momento de entre las delicias, placeres, dignidades y vanagloria de este mundo, á las manos de Dios vivo, á recibir el premio ó castigo segun sus obras. Estos frecuentes avisos no han bastado á vuestro desen-

gaño. Aunque los dias del hombre, como Job se explica, sean breves, aunque el número de sus meses esté reservado á Dios, que le ha señalado unos términos que no puede traspasar; vosotros contáis aún con muchos años de vida, disponiendo del tiempo á vuestro arbitrio, cuando acaso en esta misma noche os será arrancada el alma.

Para que os preparéis pues á la terrible venida del supremo Juez, que será tan inopinada como la de un ladron en la noche, segun la expresion de san Pablo, quiero trasladaros por un momento al sepulcro, no ya de Lázaro, sino al vuestro, y manifestaros en vuestro propio cadáver la vanidad de todo lo terreno. Esta será la materia de un breve discurso, dirigido á turbar la falsa paz de vuestro corazon y el espíritu de indolencia que os aturde. Ayudádme todos á pedir las luces del Espiritu santo por la eficaz intercesion de su augusta Esposa. Saludémosla todos con el ángel del Señor. *Ave María.*

Todo lo que hay en el mundo, dice san Juan (1), es concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos, y soberbia de la vida. Todas estas cosas, que no son mas que vanidad, segun el Eclesiastes, desaparecerán en breve, si examináis con atencion vuestro cadáver. En él veréis sin movimiento ni vida un cuerpo que era poco há el asiento de los placeres; un cuerpo desfigurado por la muerte y presa miserable de gusanos, que poco ántes era idolatrado por su belleza y sus adornos; un cuerpo en fin hediondo y abandonado á un eterno olvido, que poco ántes estaba lleno de orgullo, de altivez y de soberbia.

Vosotros todos habéis visto cadáveres; pero no habéis observado en ellos una viva imágen del vuestro. ¡Qué ilusion, señores, no reparar el golpe que os amenaza tan de cerca! Vosotros provocáis diariamente al cielo. ¿No puede Dios en este instante consumiros con el fuego, como á los habitantes de Sodomá, á los levitas ambiciosos, que murmuraban contra Moises, y á los que perseguian á su profeta Elías? ¿no puede entregaros á la espada de otro Fines? ¿no puede sepultaros en el mar, como á Faraon y sus tropas? ¿no puede haceros perecer en la embriaguez ó en el sueño, como á Holoférnes y Sísara?

(1) I. Joann. c. 2. v. 16.

¿no puede entregaros á la espada del ángel exterminador, como á los primogénitos de Egipto y á los ejércitos de Senaquerib? ¿no puede trasladaros á su tribunal de entre las delicias de un convite, como á Baltasar? ¿desde la carroza de la molicie, como á Antíoco, desde el lujo de la mesa, como el rico epulon, desde el trono de la vanagloria, como á Heródes? Vivís aún, es verdad; pero el momento siguiente ¿no puede realizar mi triste suposición? ¿no se reputaba el Apóstol como una víctima, que habia ya recibido la aspersion para el sacrificio? ¿no dice el Eclesiástico (1): *acuérdate de mi juicio, pues como él será el tuyo, ayer para mí, hoy para ti?* Dios se acordó de que somos polvo, segun David se explica, y Abrahán confiesa de sí mismo, que es polvo y ceniza. No lo eran aún, dice san Gregorio; pero miraban como verificado ya en sí mismos lo que debia sucederles; porque los justos, añade, que miran sin cesar la brevedad de la vida, viven como si murieran cada día. Ni hay medicina tan eficaz para curar las dolencias del alma, segun san Basilio, como la consideracion de la sepultura.

Apoyado sobre estos sólidos principios, no dudo reconvenir con san Bernardo: hombres miserables! ¿por qué no os disponéis á cada hora? ¿Por qué no os reputáis ya muertos, sabiendo que por necesidad habéis de morir? Hé aquí pues vuestra figura; hé aquí vuestro cuerpo postrado á los piés de la muerte: mirád con los ojos del alma esta humilde perspectiva; reconocéd atentamente los miserables despojos de vuestra pasajera vitalidad. Ah! ¿dónde están vuestros placeres, solicitados con tanto ardor, como si solo hubieseis sido criados para coronaros de rosas, para ungiros con unguentos preciosos, para zahumaros con olorosos y costosos perfumes de la Arabia, para pasarlo bien y divertirlos? *Ergo erravimus à via veritatis.* ¿En qué han parado vuestras lisonjeras y vanas esperanzas, vuestros bellos planes de fortuna, vuestras ideas de engrandecimiento, las brillantes dignidades á que aspirabais, los costosos edificios que fabricasteis, como si vuestra mansion en el mundo hubiese de ser eterna, ó como si el cielo no fuese nuestra ciudad permanente? *Ergo erravimus à via veritatis.* ¿Qué se ha hecho de vuestros vastos designios, de vuestra artificiosa política, de los secretos manejos, empleados en suplantar á un ri-

(1) *Ecclí. c. 38. v. 23.*

val, ó en elevar vuestra fortuna sobre las ruínas de vuestro hermano, como si Dios no pudiese trastornar en un momento vuestras medidas injustas, ó como si la muerte no fuese capaz de cortar en un instante la tela á medio tejer? *Ergo erravimus à via veritatis.* ¿Qué ha sido de aquellos célebres legisladores, que ocupados en tejer telas de araña, segun la expresion de un profeta, creyeron zanjar los cimientos de un dominio universal, mudar la religion, las leyes, los usos y costumbres, y reducir á breves dias la obra de muchos siglos? *Periit memoria eorum cum sonitu.* ¿Qué se ha hecho de estos poderosos, que ningun placer negaban á sus sentidos, rodeados de aduladores que lisonjaban sus pasiones y canonizaban sus crímenes, de admiradores y panegiristas de sus necedades y vergonzosa estolidez, y que para ser dioses sobre la tierra, solo creían faltarles la inmortalidad? *Periit memoria eorum cum sonitu.* ¿Qué ha sido de la suerte de aquellos nobles, emparentados con los astros, que necesitaban de telescopio para divisar á los demas mortales, como si fuesen ellos hombres de otra generacion, cuya herencia, incontestable en el órden de la Providencia, sea el honor, la distincion, el placer, la diversion y el gusto? *Periit memoria eorum cum sonitu.*

Esto es, hombres delicados, vanos, artificiosos, idólatras de la ambicion y los placeres, lo que os enseña vuestro cadáver yerto, pálido, desfigurado y sin movimiento. Reconocéd en él de buena fe la vanidad de vuestras ideas, lo errado de vuestros caminos, lo caduco de vuestros proyectos. Acercáos á estos lúgubres despojos de la muerte, y hallaréis que los placeres y diversiones, tan amadas de vosotros, han sido vuestros tiranos, origen de vuestros males y raíz de vuestra amargura; que solo han dejado en vuestros miembros los vestigios y cicatrices de los vicios. Á vista de este monumento fidedigno, y que os habla al corazon, aún despues de muerto, como Abel, segun la expresion de san Pablo á los hebreos (1), ¿no podéis decir con verdad, como en otro tiempo Jonatas, *apénas he gustado un poco de miel, y ya muero?* (2) ¿Aún no hemos hecho mas que empezar á divertirnos y gozar los placeres que el mundo ofrece en abundancia, y ya somos trasladados al tumulto? pues por mucho que hayamos vivido, si separamos las horas de nuestro

(1) *Hebr. c. 12. v. 24.* (2) *I. Reg. c. 14. v. 43.*

deleite, de los disgustos que por espacio de dias, y aún de años, nos han acarreado, hallaremos cuán breves fueron.

Pero supongamos, dice un sabio, que habéis empleado vuestra vida entera en divertirnos sin contradiccion alguna ni disgusto; acercáos á vuestro cadáver: vuestros deleites ya no existen; vuestro cuerpo destinado á la corrupcion, es ya insensible á ellos, por haber desaparecido como la pluma que llevan los vientos, ó como el humo que dispersan los aires. Aún cuando no hubiesen sido vuestras diversiones otros tantos crímenes, que debéis expiar en los suplicios, ellas han terminado: vosotros no existís; vuestra vida ha parecido un sueño. El mismo impío así lo reconoce, cuando dice: una centella caliente por un instante, y anima nuestro corazon; nuestra respiracion es un vapor lijero que se levanta, un pequeño fuego que va á extinguirse. Así el verdadero modo de considerar la duracion de la vida humana, es reflexionar sobre su último momento, en que terminan los honores, las diversiones y los placeres. Los dias que se presentaban á vuestra imaginacion de una duracion tan larga, han pasado con la velocidad de un relámpago, con la celeridad de un rayo, y se han disipado como una sombra, dicen los pecadores en el infierno. En efecto la vida ¿no es un punto respecto del tiempo? Y vuestros placeres y delicias ¿son otra cosa que un punto en la vida? Qué necesidad! ¡qué error acostumbrar al deleite, nutrir con delicadeza una carne, que va en breve á corromperse; solicitar delicias á la vida un momento ántes de ser entregados á los horrores del sepulcro y de pasar á la region de los muertos! Considerád pues, dice un gran pontífice, que miéntras vivimos, morimos siempre, y que entónces únicamente dejamos de morir, cuando dejamos de vivir. Tal es, señores, la instruccion que os da vuestro cadáver acerca de la vanidad de los placeres y deleites mundanos: *vanitas vanitatum, et omnia vanitas*, segun el Eclesiastes. Ni es inferior el desengaño que os presenta este mismo cadáver, idolatrado poco ántes por su belleza y sus adornos, y entregado ya á la corrupcion y á un ejército de gusanos.

¡Que no pueda yo predicaros estas verdades lúgubres, elevado sobre cadáveres, y sostenido sobre unos huesos áridos, como lo deseaba en otro tiempo el Crisóstomo! Mas ya que me sea esto imposible, elevaré, Señor, tu voz, y les diré con un

profeta: idólatras de la belleza, esclavos de un lujo profano y escandaloso, vanos amadores de la impureza, apóstoles de la desenvoltura, vosotros *moriréis tambien y no viviréis*. Qué anátoma, señores! qué terrible sentencia! qué fallo inevitable! ¿Dónde están aquellos vanos amadores del siglo, que poco há vivian con nosotros? pregunta san Bernardo. Nada de ellos nos resta sino cenizas y gusanos.

Venid pues á vuestro sepulcro, adoradores de una belleza frágil: yo levantaré el velo que cubre aquel asqueroso semblante, para que os horrice ménos. Ved aquí el rostro que tantas veces habéis admirado con una complacencia criminal. ¿Dónde están los atractivos que os seducian? ¿dónde aquellas miradas halagüeñas que os aprisionaban? ¿Qué se ha hecho del barniz y la pintura que adornaban este objeto miserable? ¿qué de aquellos atavíos indecentes, de aquella vergonzosa desnudez, ocasion de la ruína de tantas almas? La polilla, dice el profeta Isaías (1), les servirá de caja, cuya tapa ó cubierta serán los gusanos: *Subter te sternetur tinea, et operimentum tuum erunt vermes*. Venid, acercáos á esta bóveda; yo callaré, dejando el cuidado de instruiros á estos abismos tenebrosos y cubiertos con las sombras de la muerte.

¿Dónde está aquella Jezabel, dice un sabio, tan vana, tan desenvuelta, tan profana en sus adornos, que rodeada de adoradores, solicitaba multiplicarlos y aprisionar sus corazones: *ubi, queso, est?* Entro en su palacio, recorro sus soberbios aposentos y observo el silencio mas profundo: examino despues sus preciosos muebles, sus costosos adornos, este tocador, en que consultaba sus gracias, y donde solia recibir los homenajes mas secretos: hablo á una multitud de esclavos, que ántes la rodeaban: ¿dónde está la divinidad, les pregunto: *ubi, queso, est?* El incienso se ha acabado, me responden llorosos. El ídolo ha sido trasladado en un momento desde el altar á la bóveda. Es esta la belleza que adoraba el universo? como exclamó san Francisco de Borja, en ocasion de haber traído el cadáver de la emperatriz reina al sepulcro de su real capilla de Granada, viendo tan desfigurada una mujer, que habia pasado por la mas hermosa de su siglo.

Ah! ¿no tienen este fin vuestras gracias naturales, vuestros

(1) *Isai. c. 14. v. 11.*

estudiados adornos, vuestros barnices y pinturas, ídolos de belleza, á quienes el mundo adora? Durante la vida os ha tolerado Dios, que enamoradas de vuestra propia hermosura, pidáis sacrílegas adoraciones de todos; os ha tolerado afean, manchar y adulterar su imágen, ya pintando vuestros ojos y rostro como Jezabel, para engañar á Jehú, y Cleopatra á César y á Marco Antonio; ya adornando vuestra cabeza, como las hijas profanas que nos describe el Salmo: os ha permitido resplandecer con todo el oro de Ofir, con todos los diamantes y telas costosas de la India, con todos los colores y plumas de la Persia, y exhalar á veces los perfumes de la Arabia; todo con el depravado fin de haceros agradables, y no rara vez con el de servir de lazo á los incautos; porque abundan ya mas en nuestros dias las Livias, Mesalinas y Popeas, que las Susanas y Lucrecias; y nada es mas frecuente que ver torres de Danae por tierra. ¿Qué otra cosa es la hermosura de vuestro cuerpo, animado por un alma viciosa, que una buena nave regida por un mal piloto? Semejantes á las aves que vió un profeta entre las ruínas de Babilonia, presentáis la belleza solamente desde léjos; mas si os acercáis á reconocer vuestro interior á fondo, hallaréis llena de torpeza y de hediondez la hermosura de Elena bajo una superficie de belleza. Si examináis con atencion vuestro cadáver pestilente, veréis que *subter te sternetur tinea, et operimentum tuum erunt vermes.*

Durante vuestra vida, personas sensuales, idólatras de una carne corrompida, os ha permitido el Señor que gastéis el tiempo en un perpetuo círculo vicioso, desde el tocador á la visita, no rara vez peligrosa, por no decir llena de escándalo; de la visita á la mesa, no solo espléndida, sino propia para promover la gula, la embriaguez y la lascivia; de la mesa á los espectáculos, mas propios para encender las pasiones, que para solazar el ánimo; de los espectáculos á la tertulia y al juego, donde os encendéis mutuamente, como carbones, en el fuego de la concupiscencia, ó arruináis vuestra casa y familia; del juego al lecho, y de este al tocador de nuevo, sin mas ejercicio de piedad, de Religion, de arreglo de criados, de educacion de hijos; sin hablar mas que de la moda, de bagatelas y del cortejo. ¡Víctimas infelices del lujo y de la sensualidad! Idólatras del amor propio! que vivís en un profundo letargo, como si no hubiese eternidad, venid á vuestros sepulcros, y despertá-

réis en la congregacion de los muertos, segun la sentencia del santo Job. Examinád, os ruego, vuestro desfigurado cadáver, y decidme, ¿qué se ha hecho vuestra idolatrada belleza? ¿dónde están vuestros vanos amadores y cómplices de vuestra sensualidad? ¿dónde vuestros adornos y modas favoritas? Ah! esas miradas fijas, esos ojos extinguidos, convertidos en un horroroso espectro, ¿no son aquellos mismos en que relucian tan vivamente las pasiones. Á esos labios traspillados, á esa boca desfigurada por la fuerza de las convulsiones de la muerte y que no exhala ya mas que un vapor pestilente, ¿no atribuíais las gracias frágiles, que os dieron un aire de vanidad, tan culpable como ridícula? Reconocéos pues en estos miserables y asquerosos vestigios por una nueva Jezabel, que solo añadiais ricos adornos y cierto aire de desenvoltura á vuestras gracias naturales, para aseguraros culpables conquistas, sirviendo de lazo á los incautos. Mas la muerte os ha sorprendido, cuando aún proyectabais nuevos crímenes; y debéis confesar, á pesar vuestro, que de todo solo ha quedado á vuestro idolatrado cuerpo la polilla por caja y los gusanos por cubierta: *subter te sternetur tinea, et operimentum tuum erunt vermes.*

Mas nosotras vamos al templo, y casi diariamente oímos misa, ni faltamos al santuario en las grandes solemnidades; oigo decir á algunas de estas semicristianas ó semipaganas. Profeta del Señor! que lamentabas la soledad de Sion en las fiestas mas brillantes, venid á llorar ahora á nuestros templos, no tanto su soledad, cuanto su abominable desolacion y los crímenes horrendos que son en ellos tan frecuentes. Ven, hijo del hombre, ven al lugar santo, para ver en él ídolos de carne, que adoran al mundo, y son por él adorados. Ved á estas mujeres mundanas, que han entrado á profanar el santuario, mas adornadas que los mismos altares, haciendo ostencion de su vanidad y de la mas indecente desnudez. Ellas en efecto van conducidas del deseo de agradar hasta delante del Cordero inmaculado; le disputan los corazones y le roban los adoradores, atrayendo á sí las miradas de todos. Ven, profeta del Señor, ven á ver estas mujeres escandalosas, que llevan el placer en su semblante, la alegría en sus ojos y la sonrisa en los labios; vedlas entrar en el templo con mas desenvoltura que en el mismo teatro. Las mas se desdeñan de hincar la rodilla delante de los altares del Todopoderoso. Aún á presencia del mismo sacrificio hablan con

tanta satisfaccion como en el paseo ó en la tertulia. Pero qué digo? En el tiempo en que se eleva la hostia, suelen estar pensando en el objeto de su pasion, en el cual terminan sus miradas; allá van los suspiros y se dirigen los deseos; ni se perdona la cita, la seña y la contraseña. Contentas con haber estado maquinalmente en el templo, juzgáis ya desempeñado el riguroso precepto de santificar las fiestas. ¡Víctimas cebadas para el sacrificio del furor de Dios! temblád y estremecéos. Estád ciertas, que insta el tiempo de vuestra resolucion, y que se acerca el de la deposicion de vuestro tabernáculo. Acercáos en este momento á reconocer en vuestro propio cadáver, cuán falaz es vuestra gracia, cuán vana vuestra hermosura, como se explica el Espíritu santo. Por este medio cesará vuestra lozanía; veréis no solo marchitada, sino pestilente vuestra idolatrada belleza. Veréis lo frívolo y criminal de vuestras juntas mundanas, de vuestros adornos indecentes, de la necia comitiva, de que habéis estado por tanto tiempo rodeadas, y que vais ántes de mucho á servir de presa á un innumerable ejército de gusanos: *subter te sternetur tineæ, et operimentum tuum erunt vermes.*

Ni es ménos vana y despreciable la soberbia de la vida, que la concupiscencia de la carne y de los ojos. ¡Sabios presuntuosos, poderosos del siglo, prudentes segun el mundo! acercáos á examinar vuestros cadáveres, y ceñíos á responderme ántes de caer en las manos de Dios vivo. Sabios segun la carne, enemiga del Señor, que inflados con la sublimidad de vuestras ideas y ciegos veneradores de vosotros mismos, os habéis figurado cada uno un Dios conforme á vuestro capricho, ya sin providencia, y que lo deja todo al acaso, sin prescribir leyes, castigos, ni recompensas, á manera de epicúreos; ya un Dios ligado á una necesidad superior y á las leyes inevitables del hado, á imitacion de los estoicos; llegando no rara vez á dudar de todo, á manera de académicos rígidos: filósofos arrogantes, que creyendo ser los mas ilustrados del mundo y degradando vuestras luces como Adán, palpáis las mas densas tinieblas en materia de religion y de costumbres; ciegos voluntarios y guías de otros ciegos, acercáos á considerar por un momento ese vuestro cadáver hediondo. ¿Son estas las torres de Babel, que elevaban vuestras decantadas luces, vuestro orgullo y amor propio? Vos, ó mi Dios! habéis perdido la sabiduría de estos

astros errantes, habéis confundido su altivez, habéis deshecho como un vapor estas nubes sin agua, haciéndoles espumar sus confusiones en el abismo, habéis entregado su memoria al olvido, y arrojado al infierno su soberbia: *detracta est ad inferos superbia tua* (1).

Sigamos cada uno, os ruego, sigamos en espíritu nuestro féretro hasta el fondo del sepulcro; vosotros principalmente, poderosos del siglo, prudentes segun la carne, soberbios magistrados, zelosos por política, dulces y afables por estudio, aplicados á la sociedad por interes, y los que os habéis ingerido por ardidés en unos ministerios, á que no os llamaba Dios, como llamó á Moises, Aaron y Samuel; venid, considerád esta lúgubre mansion de los muertos, donde las dignidades se confunden y las distinciones se desconocen; pues tan desnudos como salisteis del vientre de vuestra madre, volveréis á la tierra de que fuisteis formados. Hé aquí vuestra mansion pestilente y asquerosa, reducida á seis piés de tierra. Qué mutacion de escena! qué trastorno de fortuna! qué espantosa caída! dice un sabio. Desgraciado cuerpo! ¿de dónde has sido precipitado, y adónde has caído? De en medio de los placeres, del seno de los honores, de entre los brazos de las delicias del mundo, de una casa en que todo respiraba lujo, magnificencia, orgullo y altivez, habéis pasado en un dia á los horrores de una bóveda, á ser presa de la corrupcion y la hediondez. Esto es lo que os ha quedado de todas vuestras riquezas, equipajes soberbios, muebles costosos y ricos adornos, como al ínfimo de los hombres; lo demas pasó á un eterno olvido: *oblivioni tradita est memoria eorum* (2).

Dios, es verdad, os habia permitido por algun tiempo que la república fuese víctima de vuestra codicia, y que, como sanguiuélas insaciables, extrajeseis con ansia la sangre del pobre, de la viuda y del huérfano; os ha sufrido que, como los Antíocos y Eliodoros, hagáis presa del santuario; que apoyados en vuestra autoridad escandalicéis al pueblo con desórdenes: ha tolerado que vuestros inferiores giman oprimidos por la dureza del trato y los trabajos, como en otro tiempo los israelitas bajo el poder de Faraon. Mas este orgullo, esta falsa política, esta prudencia carnal, en que los hijos del siglo se aventajan á los

(1) *Isai. c. 14. v. 11.* (2) *Eccles. c. 9. v. 5.*

de la luz, ¿pasará del sepulcro? Vos Señor, la reprobáis, según vuestro oráculo, y juzgaréis durísimamente á todos los que así gobiernan, en la hora de su muerte. Ella en efecto pone á los hombres mas célebres al nivel de los mas viles y despreciables, destruyendo en ellos lo que los distinguia de la ínfima plebe. Aquel humo de inmortalidad que gozaron, no fué mas que un espectro, un vano fantasma, que pasó con el tiempo, y yace sepultado en un eterno olvido: *oblivioni tradita est memoria eorum*. Ellos quisieron elevarse hasta las nubes del cielo; pero vos ó Dios mio! los habéis conducido hasta el abismo: *detracta est ad inferos superbia tua*.

Hé aquí, señores, las importantes lecciones que os da entre otras vuestro infecto cadáver. ¿Qué esperáis pues para abandonar vuestros placeres criminales? ¿Qué otro espectáculo es necesario para conocer la vanidad de vuestra belleza, riquezas, honores, y aún de la vida misma? ¿Qué otra prueba se necesita para manifestaros lo frívolo de las cosas humanas, que ponerlos á la vista vuestro propio cadáver sin movimiento ni vida, pestilente, hediondo y entregado á los gusanos? ¿Qué desencanto mas vivo de vuestra altivez y vanidad, de vuestro orgullo y soberbia de la vida, que el eterno olvido á que seréis por vuestra muerte reducidos? Acordáos pues que sois polvo. Decid como Job á la corrupcion: *tú eres mi padre*; y á los gusanos: *vosotros sois mi madre y mi hermana* (1). Huíd, os ruego, en tiempo, de la ira futura, porque si el cuerpo es corruptible, el alma es inmortal, y necesariamente ha de caer en las manos de Dios vivo. Vuestras obras, buenas ó malas, han de decidir en aquel terrible momento de vuestra suerte eterna. No olvidéis jamas la humillacion de vuestro sepulcro, cuya memoria corregirá vuestros desórdenes para siempre, según la sentencia del Espíritu santo: *memorare novissima tua, et in aeternum non peccabis* (2).

Grabád, Dios mio, estas verdades en el ánimo de mis oyentes, ántes que sean citados á los piés de vuestro tribunal. Fijád en nuestro corazon un alto desprecio de todo lo terreno y un ardiente amor á las cosas celestiales. Pecámos, hemos cometido iniquidades, estamos llenos de la corrupcion del pecado y sepultados en el abismo de la culpa. Mas vos sois, Señor, la re-

(1) Job, c. 17. v. 14. (2) Ecclí. c. 7. v. 40.

surreccion y la vida; no permitáis que nuestra muerte sea eterna: nuestros pecados son sin número; pero es infinita vuestra misericordia, y en ella ponemos toda nuestra esperanza. Desde este momento, Señor, detestamos el vicio, protestando á presencia del cielo y de la tierra la enmienda de nuestra vida pasada. Aquí nos tenéis, Padre mio, postrados á vuestros piés, como otros tantos hijos pródigos, que se acogen á vuestra clemencia. Aunque tarde, reconocemos nuestros yerros, y os pedimos el perdon de ellos por la sangre que Jesucristo derramó por redimirnos. Ah! no dudéis, hermanos míos; llegád con espíritu de compuncion, y postráos llenos de confianza y con fe viva ante esta imágen del Crucificado, y derramando en su presencia vuestro corazon como agua, decid: *Señor mio Jesucristo etc.*